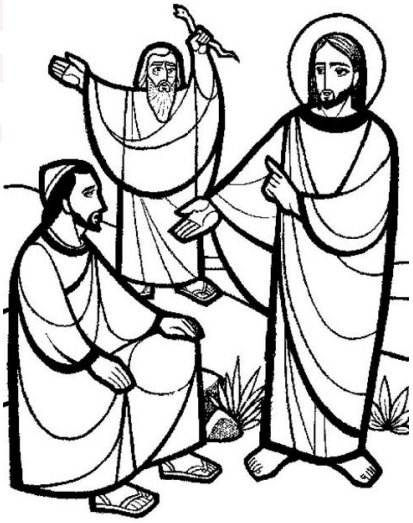


IV Domingo de Cuaresma - *Laetare*

(ciclo A)

15 de marzo de 2026

I. Notas exegéticas

1 Samuel 16,1b.6-7. 10-13a

David es ungido rey de Israel

La unción de David en 1 Samuel 16 no es solo un relato biográfico, sino una pieza clave de la historia deuteronomista diseñada para legitimar la monarquía de Judá sobre el derrotado Reino del Norte. El pasaje se sitúa estratégicamente tras el rechazo de Saúl, cuya desobediencia al mandato divino sirve como contraste para presentar a David como el rey ideal, elegido no por su fuerza física, sino por la disposición de su corazón y la guía del Espíritu. El hablar del corazón, como criterio de elección no es un detalle menor, ya que en la antropología bíblica el corazón es el lugar de la decisión, donde se anida lo más profundo del ser, los valores que sostienen la vida. David entonces será presentado como aquel que, desde lo profundo de sí, se permite dejarse acompañar por Dios.

Desde una perspectiva crítica, esta narrativa responde a los intereses de la comunidad redactora de los siglos VII y VI a.C. Al presentar a Saúl (benjaminita del norte) como un líder fallido y a David (de Judá) como el modelo de docilidad a la Alianza, los autores buscan justificar la preeminencia teológica y política del sur.

Este enfoque pedagógico, propio de la corriente deuteronomista, sostiene que el bienestar de Israel depende estrictamente de su fidelidad al Pacto con Yahvé. Por ello, incluso los héroes como David son juzgados bajo esta misma vara: el texto ensalza su obediencia, pero no duda en señalar su decadencia cuando se aparta de la voluntad divina.

Salmo 23(22),1-3a.3b-4.5.6

El Señor es mi pastor, nada me falta

Da la impresión de que los versos 1-3 son un pensamiento en voz alta del orante que percibe a Dios como un pastor que le orienta hacia la seguridad. Por tanto, manifiesta que Dios quiere y procura su bienestar. En el verso 4, el tono del salmo cambia, pues pareciera que la persona orante se dirige a Dios mismo, como si lo tuviera en frente, por ello le dice que "ningún mal temería porque **tú** vienes conmigo. **Tu** vara y **tu** cayado me sosiegan".

El verso 5 continúa el diálogo del orante con Dios, pero ahora, en otros términos: Dios es como un excelente anfitrión, que incluso, se comporta como el sirviente de la casa, al ungir a su comensal y servirle su copa. El verso 6 retoma la declaración abierta del orante y ratifica nuevamente que Dios le acompaña, solo que no lo presenta por el nombre sino desde sus características más auténticas: bondad y amor, en hebreo *tob we hesed.* La forma en que culmina el salmo indica una orientación del corazón del orante, pues con el verbo hebreo *shub* que traduce, *girar, retornar, volver hacía,* se indica que se *girará* hacia la casa de Dios, por *largos días*. De ahí que el salmo es un cantar del orante que se siente en camino para encontrarse con Dios, pero, con la seguridad de que ya camina junto a él.

Efesios 5,8-14

Levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz

El capítulo 5 de la carta a los Efesios refleja una gran preocupación por la identidad cristiana y su impacto en el entorno. De ahí que se valga de la comparación entre luz y tiniebla para hablar de la diferencia que debe considerarse entre una vida desde la opción por Cristo y una vida que aún no logra una total adhesión a Él. Para el autor, la comunidad debe hacer un proceso de toma de consciencia que le lleve a dar nombre propio a aquello que cambió en su vida luego de optar por Cristo, de ahí que la expresión "en otro tiempo fueron tiniebla" denota un modo de ser y vivir que no producía satisfacción auténtica. Si bien el texto no indica nada respecto al pasado de quienes conforman la comunidad, al decir que antes eran tiniebla y con Cristo han llegado a ser "Luz en el Señor", les está exhortando a que descubran la novedad que ha traído Él a sus vidas. Sin esa captación, aunque de labios para fuera se pronuncie el nombre del Señor, la persona seguirá en tiniebla, es decir, bajo una forma de vida en la que no hay sentido ni dirección.

Del Santo Evangelio según San Juan
Jn 9,1-41 (forma larga) o Jn 9,1-9.13-17.34-38 (forma breve).
Fue, se lavó, y volvió con vista

La narración de la curación del ciego de nacimiento hace parte de los grandes signos en el Evangelio de Juan, antesala del gran discurso del Buen pastor. Sin embargo, lo interesante de este relato es que la ceguera es un símbolo de una situación vital particular, pues retrata la experiencia de aquellos judíos que viven su relación con Dios a partir de lo minúsculo y mezquino que enseñan algunos maestros, más centrados en un cumplimiento estéril de la Ley. Por tanto, el ciego representa a aquellos que no han conocido otra forma de relación con Dios y con la vida.

La claridad que hace Jesús respecto a que ni el joven pecó ni sus padres, es una forma de ratificar que no es deseo ni voluntad de Dios el que el ser humano esté mal; al contrario: Dios es el primero en comprometerse para que la vida humana se viva con dignidad. La ceguera, como símbolo en el relato, será la consecuencia de alimentar un sistema religioso donde el ser humano esté anulado.

Esta limitación es tan profunda que el joven ni siquiera pide ver, porque no sabe qué significa realmente ver. Quien ha aprendido a normalizar una vida deteriorada no buscará una mejor, pues considera suficiente la que ya tiene. Es Jesús quien toma la iniciativa y le ofrece aquello que su propio entorno no podía darle: la posibilidad de ver. El joven simplemente obedece; se deja untar barro, se lava y comienza a ver. Así se ilustra la decisión que muchos judíos tomaron al aceptar a Jesús como Mesías, y la consecuencia no podía ser menos sorprendente. Por un lado, la observación del narrador —que quienes conocían al joven ciego dudaban de si realmente era él— funciona como una manera de expresar el cambio auténtico que experimentaron estas personas. Es un verdadero nacer de nuevo: se marca un antes y un después tan radical que resulta difícil reconocerlos. Por otro lado, también se hace evidente el rechazo de quienes aún no logran dar ese paso, manifestado en el temor de los padres ante posibles represalias de las autoridades judías y en la expulsión de la sinagoga que sufre el joven. Todo esto refleja con claridad las tensiones entre los judíos y la comunidad joánica después del año 70 d.C.

El detalle de la expulsión de la sinagoga es fundamental, porque salir —o ser expulsado— de ella significaba socialmente dejar de pertenecer, y para muchos judíos equivalía a una muerte en vida. Sin embargo, el relato muestra que esta expulsión no conduce a la muerte, sino al encuentro con Aquel que es la vida misma. Es una forma de alentar a quienes han vivido esa experiencia. Por eso, la gran confesión de fe de los versículos 35-38, en la que el joven reconoce al Hijo del Hombre y decide creer en él, se convierte en expresión de la certeza de que seguir a Jesús es encontrar la vida plena y abundante. En cambio, quien

permanezca en una relación con Dios centrada exclusivamente en la ley y no en la misericordia continuará experimentando ceguera.

II Pistas homiléticas

Hemos llegado al IV Domingo de Cuaresma y la liturgia de este día no podía estar más sintonizada con los desafíos para nutrir la fe, en esta fase de nuestro Camino Discipular Misionero. Ciertamente, nutrir la fe implica propiciar momentos concretos de encuentro personal con el Señor, para dejar que la fuerza del Evangelio permee y moldee todas las aristas de la vida, a nivel personal y comunitario. Ahora bien, el nutrir la fe tiene momentos en los que como creyentes tomamos la iniciativa, y muchos más momentos en los que es Dios quien tiene la iniciativa y nuestro trabajo consiste en dejar que el Señor obre su misericordia en nosotros. Precisamente la liturgia de hoy nos habla de esos momentos en los que la fe se nutre desde la gratuidad e iniciativa divina.

David, un joven sin mayor experiencia en comandar ejércitos, pero entrenado en el cuidado de ovejas, será mirado y elegido de forma gratuita para una gran misión: liderar un pueblo. La escuela de David no es menor, pues su cátedra formativa ha sido la de cuidar lo vulnerable, lo pequeño. Sin embargo, la preparación o la estrategia en batalla es lo de menos según el texto en el libro de Samuel. David es elegido por la particularidad de su corazón. La antropología bíblica habla del corazón como la sede de los pensamientos, de lo más auténtico de la persona. Por tanto, David fue mirado desde la autenticidad de su ser. Atención, el texto nunca afirma que David fuera perfecto, solo que fue mirado desde su corazón. ¿Qué nos dice esto? Que el Señor nos elige desde lo que somos, aún a sabiendas de que podemos fallar en algún momento. Dios nos llama en la integralidad de lo que somos, de ahí que en ese nutrir la fe, debemos dejarnos mirar por el Señor y, antes bien, pedirle que nos permita mirarnos tal como Él nos mira, de modo que sepamos vernos desde nuestras fortalezas, como también, desde aquellas áreas de nuestra vida que necesitamos transformar, pero, que hacen parte integral de nosotros, y Dios nos ama también con ello. Por tanto, nutrir la fe en un Dios que nos ama incondicionalmente, significa caminar por la vida conscientes de que, sin importar los triunfos o los fracasos, nada en absoluto nos sacará del corazón de Dios.

El salmo 23 y la carta a los Efesios, nos invitan a reconocer la gratuidad del amor de Dios como un fertilizante clave para nutrir nuestra planta de la fe. Ambos textos coinciden, a su manera, en afirmar que el tesoro más grande del creyente es tomar consciencia de que el Señor está aquí junto a él para procurarle el sumo bien. El orante del salmo y la comunidad de Éfeso nos invitan a crecer en esa experiencia de sentir que la vida tiene total sentido en Dios. Por eso, todo cuanto se obra es luz para sí mismo y la sociedad, y aunque se vivan

carencias materiales, espirituales o afectivas, la vida resulta fecunda porque se tiene la certeza de que Dios será quien nunca faltará.

Finalmente, el Evangelio condensa la experiencia de sentirse plenamente amado de manera gratuita y profundamente comprendido en la situación concreta que cada uno vive. Un joven ciego en sentido existencial —es decir, alguien que afronta su vida personal y espiritual desde marcos estrechos porque nadie le ha anunciado el vasto horizonte del amor de Dios— es abrazado en su totalidad por Jesús. La nueva vida, expresada en la capacidad de mirar la existencia desde el amor y de reconocer en Jesús el camino para hacerlo, es también el don que el Señor tiene reservado para cada uno de nosotros.

¿Qué nos impide hoy sentirnos amados gratuitamente? ¿Qué cegueras experimentamos hoy? ¿Qué podría cambiar en nuestras vidas, en nuestras parroquias, en nuestra Arquidiócesis si nos decidimos a dejarnos transformar por la acción del Señor? Que el mensaje de este IV Domingo de Cuaresma nos impulse a nutrir nuestra fe desde el dejarnos amar por el Señor.

III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos: El cuarto domingo de Cuaresma, conocido también como Laetare, el domingo de la alegría, nos señala un camino muy especial. En él, al reconocernos necesitados de Cristo, tomamos conciencia de nuestras propias oscuridades, esas que se esconden en lo más profundo del corazón, y escuchamos nuevamente la voz de Dios que nos dice: "levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz". Celebremos con gozo este encuentro que salva.

Monición a las lecturas

Los seres humanos vivimos con frecuencia confundidos, como en una cierta oscuridad respecto a las preguntas fundamentales de la vida, de los valores que debemos asumir y del bien común que debemos promover en la sociedad. La Palabra en este cuarto domingo de cuaresma es invitación a mirar todo desde la perspectiva de Dios y a tener un corazón dispuesto a acoger a Cristo que ilumina con su luz nuestra vida. Escuchemos.

Oración de fieles

Presidente
Hermanos, en este tiempo de gracia en el que Dios nos llama a salir de nuestras tinieblas para vivir en su luz, presentemos con confianza nuestras súplicas al Padre.

R/. Padre bueno, ilumínanos y escúchanos.

1. Por la Iglesia, para que, iluminada por Cristo, luz verdadera, anuncie con valentía el Evangelio y guíe a todos los hombres a salir de sus cegueras y caminar hacia la verdadera conversión.

2. Por el Papa, los obispos, sacerdotes y diáconos, para que, en este tiempo de Cuaresma, con sabiduría y testimonio de vida, conduzcan al pueblo de Dios por caminos de conversión y esperanza.

3. Por la clase política elegida en las elecciones del pasado domingo, para que iluminada por Dios promueva la justicia, la paz y el respeto por la dignidad de toda persona en nuestro país.

4. Por quienes viven en la oscuridad del sufrimiento, la enfermedad, la desesperanza o la soledad, para que encuentren en Cristo consuelo, esperanza y fortaleza.

5. Por todas las familias cristianas, para que en cada una de ellas se viva la alegría de la fe y los padres y adultos sean luz que guíe a los jóvenes y a los niños al encuentro del Señor.

6. Por nuestra comunidad, para que en esta Cuaresma dejemos que el Señor abra nuestros ojos, renueve nuestra fe y aprendamos a vivir como hijos de la luz.

Presidente: Padre bueno, que en tu Hijo nos llamas de las tinieblas a tu luz admirable, escucha nuestras oraciones y concédenos perseverar en el camino hacia la Pascua. Por Jesucristo nuestro Señor.

IV Domingo de Cuaresma, *«Laetare»*

Ciclo A
15 de marzo

I. Claves de reflexión

1. Acompañar

En este domingo la Palabra de Dios nos habla de la mirada y de la luz. En la primera lectura, cuando el profeta Samuel busca al nuevo rey, piensa que el más fuerte y el más grande será el elegido. Pero Dios le dice algo muy importante: «El hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón». En el Evangelio, Jesús cura a un hombre que era ciego de nacimiento. No solo le devuelve la vista de los ojos, sino que le ayuda a ver con el corazón quién es Él. Mientras el hombre curado comienza a creer, otros —que decían ver— en realidad permanecen cerrados. A veces también nosotros vemos solo por fuera: juzgamos, nos dejamos llevar por apariencias o no entendemos lo que Dios está haciendo. Jesús quiere abrir nuestros ojos para que aprendamos a mirar como Él mira. La Cuaresma es tiempo para pedirle a Jesús que ilumine nuestra vida y nos ayude a cultivar una fe que sabe ver con el corazón.

2. Motivar

El salmo nos recuerda: «El Señor es mi pastor, nada me falta». Cuando caminamos con Él no estamos en la oscuridad. Él nos guía, nos acompaña y nos cuida. San Pablo nos dice algo hermoso: antes éramos oscuridad, pero ahora somos luz en el Señor. Eso significa que, cuando creemos en Jesús, nuestra vida cambia y podemos iluminar a otros con nuestras acciones. El hombre ciego que fue curado no entendía todo al principio, pero poco a poco fue descubriendo quién era Jesús. Así crece la fe: paso a paso. No vemos todo de una vez, pero confiamos y seguimos caminando. Cultivar la fe es dejar que Jesús nos quite las sombras del corazón —el egoísmo, la mentira, la envidia, el orgullo…— y nos enseñe a vivir con sinceridad y verdad.

3. Retar

Jesús quiere abrir nuestros ojos para que aprendamos a ver el bien, la verdad y el amor.
El reto, comienza por acoger la palabra de Jesús y hacer lo que Él propone, para pasar de las tinieblas a la luz y luego creer en Él, como lo hizo el ciego en el evangelio de san Juan.

Pídele a Jesús en tu oración: «Señor, que pueda ver». Luego elige una acción concreta: evita hablar mal de alguien, reconoce algo bueno en otra persona o ayuda a alguien sin que te lo pidan. Así estarás viviendo como hijo de la luz y cultivando tu fe.

II Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Queridos niños y niñas, avanzamos en nuestro camino de fe y nuestro corazón se llena de gozo porque llegamos al IV Domingo de la Cuaresma, también llamado *Domingo de la alegría*.
Se acerca la celebración de la Pascua de Jesús, que es la razón de nuestra fe y nos prepara para *vivir como hijos de la Luz*. Dispongámonos a celebrar con alegría este encuentro con el Señor.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios nos permite reconocer, por una parte, que el Señor —a la hora de elegir y llamar a los suyos— mira el corazón, no las apariencias, y por otra, que Jesús, como lo hizo al dar la vista a un hombre ciego, nos lleva de las tinieblas hacia la luz para vivir en la bondad, la justicia y la verdad. Escuchemos.

Oración de fieles

Presidente: Con confianza presentemos nuestras súplicas a Dios Padre, que nos llama a caminar en su luz para que seamos portadores de luz y de esperanza en medio del mundo. Digamos:

R/. Señor, ilumina nuestro corazón.

1. Por el papa León, los obispos y sacerdotes, para que ayuden al pueblo de Dios a crecer en la fe y en la verdad. Oremos.
2. Por los gobernantes, para que actúen con justicia y miren siempre el bien de todos. Oremos.
3. Por las familias, para que vivan en la luz del amor y aprendan a mirarse con respeto y comprensión. Oremos.
4. Por quienes se sienten confundidos o viven en la tristeza, para que Jesús ilumine su vida. Oremos.
5. Por nosotros, para que en esta Cuaresma dejemos que el Señor abra nuestros ojos y cultive en nosotros una fe firme y luminosa. Oremos.

Presidente: Padre bueno, escucha nuestras oraciones y guíanos como pastor que conduce a su pueblo hacia la luz. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.